



# EL GRITO ARGENTINO.

Montevideo: MARZO 10—1839.

¡OÍD, MORTALES, EL GRITO SAGRADO  
LIBERTAD, LIBERTAD, LIBERTAD!

NUMERO 5.

¡ABAJO EL TIRANO Y COBARDE JUAN MANUEL ROSAS!....  
¡VIVA LA PATRIA!.... ¡VOLVAMOS A TENER LEYES  
Y DERECHOS!.... ¡SALGAMOS DE LA HORRIBLE MI-  
SERIA EN QUE EL TIRANO HA HUNDIDO A LA NACION!..

Este es el deseo de todos los buenos patriotas: es  
el clamor general de Buenos Aires, de su Campaña, y de  
las Provincias: es, en fin, el GRITO ARGENTINO.

## Marcha Guerrera.

### CORO.

*A la guerra, Argentinos, marchemos;  
Los hermanos del Plata nos llaman;  
A romper sus cadenas volemos:  
Pronto alivio sus males reclaman!*

Que no diga la América en vano  
Que en un tiempo pujanza tuvimos:  
Que á la lid nos llamaba un tirano  
Y á la gloria la espalda le dimos.

Ya de blanco y azul la bandera  
En los cielos se mira flamear  
Y su sol ilumina el camino  
A los bravos que van á pelear.

Escuchemos el grito lloroso  
De la patria que oprime un tirano  
A destruir este bárbaro yamos  
Con el sable de Máipu en la mano.

Donde están los valientes que un día  
En el polvo sumieron legiones?  
Que no pueden lavarse su afrenta  
Los que hollaron Iberos pendones?

Tal nos dicen los libres del mundo  
En nosotros sus ojos poniendo;  
Mas un pueblo de bravos responde  
Mil pedazos al déspota haciendo!  
Siempre el cielo bendijo la causa  
Que del Plata la espada abrazó,  
Siempre un génio de glorias propicia  
Mil laureles con su hoja corto.

Cada madre en nosotros verá  
De la Patria un glorioso sostén;  
A salvar á sus hijos volemos  
Que su sangre es la nuestra tambien!  
Argentinos, sin tregua táre mos  
Contra Rosas las fuertes espadas;  
Que del cielo caerán las miradas  
En el bravo que caiga en la lid!

### CORO.

*A la guerra, Argentinos, marchemos;  
Los hermanos del Plata nos llaman;  
A romper sus cadenas volemos:  
Pronto alivio sus males reclaman!*

Dijimes que Rosas no permitió que su muger se  
confesase al morir; y vamos á probarlo con hechos pú-  
blicos.

Rosas mandó á su querido médico, el inglés Le-  
par, á Santa Fé, para que curase á Lopez. Desde Santa  
Fé, dijo Lepar en una carta, publicada en la *Gaceta*, que  
Lopez estaba bueno, y que el cielo se habia dignado ben-  
decir sus remedios. A pesar de esto Lopez se murió; y le-  
jos de enojarse Rosas, como era natural, con el médico  
que lo habia engañado, le escribió una carta muy llena  
de cumplimientos; y ademas le regaló una casa, tasada en  
ochenta mil pesos. Esta casa habia sido donada en tiem-

pos antiguos por un español caritativo á los Niños Expósitos, á los cuales arrojaba Rosas á la calle. ¡Facineroso! Si querías regalar á Lepar ¡porqué no lo hacías de tu bolsillo! Pero este robo hecho á los huérfanos, es lo menos notable en este negocio.

¡Porqué escribió Rosas aquella carta adúltera al médico Lepar? ¡Porqué le regaló esa casa? ¡Cual era el mérito del inglés Lepar en que hubiese muerto Lepar, despues de decir que estaba bueno; cuando mas bien debió Rosas darle de palos á Lepar? Aquí está el misterio: equí está el crimen, crimen horrendo.

Rosas quería con esto atraerse á Lepar, que era el médico de su casa, para que Lepar le sirviese en el plan que habia formado. Por eso es que le regaló una casa, en vez de castigarle por su mentira.

El plan de Rosas era que su muger no se confesara. Temblaba el tirano de que uno de los sacerdotes mas virtuosos de Buenos Aires, el Doctor Reina, oyera en la confesion de la boca de su muger, que habia sido cómplice y sabedora de sus crímenes, la relacion de sus intrigas, calumnias, maldades, robos, asesinatos y envenenamientos. Temia el tirano que llegara pronto el caso de tener que confesarse su muger; porque desde antes de volver Lepar de Santa Fé, ya ella estaba malísima, y el médico que entonces la asistia, le habia advertido el peligro al tirano.

Para llevar adelante aquel plan, nada mejor que un médico que no es católico, como Lepar, á quien no se le importaría que no se cumpliesen los sagrados deberes de nuestra santa religion; y que por lo mismo, se prestaría mas fácilmente á dejar morir á la enferma sin confesion.

Por eso es que con tiempo cortejó á Lepar, le aduló, y le regaló la casa. Por eso es que Lepar se obligó á no decir jamas á nadie que la enferma estaba mala. Por eso es que era un crimen el decir que lo estuviese. Por eso es que á nadie, ni aun al Obispo, quiso jamas Rosas decir que estaba mala, y le contestó una indecencia torpe y escandalosa. Por eso es que el bárbaro se presentaba á su muger con aire de alegría, con chanzas y bromas deshonestas, y hacia que uno de sus mulatos locos se acostase con su muger: todo lo cual lo hacia Rosas para que la enferma no creyese que estaba en peligro de muerte; porque este peligro trae el arrepentimiento aun en las almas mas empedernidas, y trae el deseo de buscar en la religion el perdón y los consuelos, que son tan necesarios en aquellos terribles momentos de verdad y desengaños. Por eso es que se preparaba á decir, como lo hizo, que su muger habia muerto cuando menos se esperaba; para que no se extrañase que hubiese muerto abandonada; siendo así que se veía venir su muerte; porque hacia tiempo que estaba agonizante y cadavérica, con año y medio de una cruel enfermedad que la habia convertido en esqueleto. Por eso es que no quiso ni que hiciera testamento; siendo así que ella tenia mucho de qué disponer; porque Rosas era un pobre cuando se casó; y por lo mismo, la mitad de su riqueza actual es de su muger. Por eso es que en los últimos dias de su muger, no consintió mas asistente que el loco, y él se puso de centinela en la puerta del cuarto, para no dejar que manifestase á nadie su deseo de confesarse. Por eso es que dió á Buenos Aires el escándalo de mandar su familia á la comedia la antevíspera de la muerte de su muger.

Ello es un hecho que no hubo junta de médicos, como era tan natural y necesario. Ello es otro hecho

que cuando la familia supo que estaba mala, fué cuando ya estaba muerta: mandó corriendo la familia á llamar á los Jesuitas, que eran los sacerdotes que estaban mas cercanos, para que al menos le pusieran la extrema uncion: llegaron los Jesuitas; y el principal de ellos se negó á ponérsela, porque vió que ya estaba muerta; y otro se la puso, pero la puso sobre un cadáver. ¡Qué horror! Ello es otro hecho, en fin, que la muger de Rosas murió sin confesion, cuando hubo tanto tiempo para que se confesara. ¡Cómo justificará esto ese bárbaro, ese hipócrita, ese impío, que llama á otros *impíos*, y que todavia se atreve á hablar de religion?

El infame asesino quiso engañar y distraer la atencion del pueblo con aparentar gran dolor, con hipocresías, con grandes fuñerales, con lutos y barbaridades. Pero es de valde. Todos saben que su muger ha sido víctima de su ferocidad; y que á Rosas, por asegurar el secreto de tantos delitos, nada se le ha importado la salvacion eterna de su muger.

¡Rosas! ¡hombre! ¡monstruo! ¡demonio! Todos los crímenes juntos se encierran en tu corazon de fierro: te ríes de la Justicia, de la Patria, de la humanidad, y de la Religion. ¡Pero tiembla, facineroso execrable! ¡Hay un Dios en los cielos, y en la tierra no faltarà un banquillo!!



Otro suceso que demuestra lo feroz, bajo y sanguinario del corazon del tigre Rosas, es el de *la cabeza de Celarrayan*. De aquí á diez años, tal vez nadie lo crea, porque ha de parecer imposible tan horrible barbarie.

Celarrayan mandaba en Bahía Blanca el Regimiento de Blandengues, desde que *Pancho el nato* fué envenenado por Rosas. Celarrayan iba á hacer una revolucion en el Sud, en combinacion con multitud de personas de la ciudad y campaña; pero antes de tener tomadas todas sus medidas, Rosas supo una parte del negocio; á causa de que Celarrayan fué traicionado por su mulato, que se vino desde Dolores con su balija, y la entregó á Rosas. En el acto dispuso este que salieran muchas partidas en persecucion de Celarrayan; el cual se habia ido para Bahía Blanca, y apenas tuvo tiempo de disparar. Se hubiera salvado si, despues de pasar el Colorado, y echándose á dormir en un pajonal, no le hubiese hallado casualmente una de las partidas, cuando estaba mas descuidado. No quiso rendirse, y ayudado de su asistente, peleó valientemente contra toda la partida, hasta que lo mataron. Entonces, en cumplimiento de las órdenes, se le cortó la cabeza, que fué remitida al Tirano desde ciento sesenta leguas de distancia.

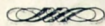
Es indecible la alegría del Tirano: gritó, saltó, bebió, y se puso á jugar con la cabeza, hasta que la hizo colocar en la sala, y mandó convidar á varias señoras para que fuesen á verla; pero ellas, horrorizadas, no quisieron ir. Su familia, sus locos, y varios adúlteros, se

entretenian en hacer burlas á la cabeza, en decirle chistes. Uno le tiraba los cabellos ; otro las orejas ; otro le metia los dedos en la boca, que estaba entre-abierta; otro le abría los ojos; con otras acciones horribles, que no se ven ni entre fieras.

Despues mandó la cabeza al calabozo en que el Mayor Céspedes y otro mas, estaban en capilla para morir al otro dia, como complicados en la revolucion. Les ordenó que, para librarse de la muerte, habian de estar por tres dias, mirando á la cabeza, cuatro horas en cada dia ; pero la habian de mirar fijamente, de muy cerca, con los brazos cruzados y arrodillados. Y así se hizo. ¡Qué feroz crueldad ! ¡Qué tormento para aquellos infelices !

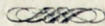
Como el tigre Rosas se divierte hasta con los cadáveres, y se ha propuesto envilecer y humillar á la clase militar, ordenó tambien que dos *Generales* asistieran al acto, como testigos, con el reloj en la mano, para espiar si los presos dejaban de mirar un solo instante á la podrida y hedjonda cabeza.

Diga el universo si ni en la historia de los tiranos mas atroces, se encuentra un hecho como éste. Es imposible que el gaucho, el negro, el pardo, el blanco, todos, no sientan en su corazon el horror y el odio que ese hecho inspira. ¡Y sufris, compatriotas, á esa fiera, á ese demonio que los infiernos han vomitado sobre nuestra pátria, para hacer su ruina, su desgracia y su deshonra !



Ya se ha visto en el número anterior cual es la religion del facineroso Juan Manuel Rosas : ahora vamos á decir algo sobre la de su digno amigo y consejero, Tomas Manuel Anchorena.

Tomas Manuel va á la vista de todos, á Misa ; se confiesa delante del público ; asiste á las novenas delante de los devotos ; pero todas sus acciones son contrarias á la doctrina del evangelio. Jesu-Cristo manda que amemos á nuestros semejantes ; y Tomas Manuel aborrece al género humano ; y cree cumplir con aquel mandato amando solo á los únicos semejantes á él, que ha encontrado en el mundo, esto es, á Juan Manuel Rosas, y á su hermano el avariento y vil Nicolas. Jesu-Cristo manda la caridad ante todo ; y Tomas Manuel Anchorena nunca jamás ha favorecido á ninguno de sus compatriotas, ni una sola vez ha hecho valer su influjo, para aliviar las desdichas de alguno de tantos infelices, que hoy gimen en su Patria : sus puertas estan cerradas siempre al clamor de la miseria ; si alguna vez es sorprendido por la madre, la esposa ó el amigo de alguno perseguido por el tirano ; ó se niega brutalmente á escuchar sus súplicas, ó finge no saber, ni poder nada. Jesu-Cristo manda la clemencia, el perdón á los enemigos ; y Tomas Manuel, lo mismo que su hermano Nicolas y el salvaje Rosas, primero consentirá en ir á lo mas profundo del infierno, que renunciar á la venganza, con tal, sin embargo, que pueda tomarla sin peligro personal. Jesu-Cristo manda el desprendimiento de los bienes de este mundo ; y en toda la República Argentina no podrá encontrarse un avaro igual á Tomas Manuel, sino es su hermano Nicolas ó el cobarde Juan Manuel Rosas.



Rosas es hombre muy agradecido : no hay cosa como servirle para tener un buen pago : así es que todos sus amigos han salido muy contentos : los que han contribuido á colocarlo en el puesto en que se halla, todos gozan de la mayor felicidad.

Cuando en el año de 1829, él andaba fugitivo por la Provincia de Santa Fé, solicitando del General Lavalle seguridades para volver á su casa ; entonces Molina, Miranda y Mansilla se levantaron en la campaña del Sud, y le formaron un ejército, y al pesar de los mayores contrastes y sacrificios lo fueron á buscar á Santa Fé.

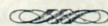
Este servicio importante lo ha pagado Rosas con las mayores recompensas : es hombre muy agradecido.

A Molina lo hizo envenenar ; y al pulpero que lo asesinó, le dió diez mil pesos, con los cuales se fué á Bahía Blanca. A Miranda lo fusiló en la Guardia del Monte, sin decirle siquiera porque lo fusilaba.

A Mansilla lo ha tenido preso y lo ha perseguido, hasta obligarlo á refugiarse en la Banda Oriental, donde se halla.

Así ha hecho con todos sus amigos : ninguno puede quejarse, porque siempre que puede, los manda al otro mundo para que descansen.

Rosas es hombre muy agradecido : no hay cosa como servirle para tener un buen pago.



### Las nobles distracciones del Ilustre Restaurador.

Con el gusto que tuvo Rosas al recibir la cabeza de Celarrayan, y con la costumbre que tiene de divertirse con la vida de los hombres, se puso á jugar con ella ; á empuñarse botellas ; y á soplar con el fuelle al mulato loco Eusebio, plantandole despues su pata de caballo en la barriga, con riesgo de matarlo, como mató antes al otro mulato Bigüau. Este salvaje de Rosas, tiene manos y corazon de tigre ; y sus juegos son los de una bestia.

¡Y quienes serán capaces de festejarle estas gracias ! Solamente alguno como cierto curita, que, á pesar de la caridad que debian infundirle sus hábitos, tiene tambien algo de tigre en sus sentimientos : ó como su cuñado el General Mansilla, que es un mono en la facilidad con que muda de cara política ; y que incita á Rosas á cometer excesos, y quiere hacer creer á otros que él guarda el puñal traidor, que ha de dar fin al tirano.

Ese dia no atendió Rosas al despacho : y Corvalan, que tiene el pomposo titulo de *General Primer Edecán*, cuando solo es *primer corchete*, á quien Rosas carga como á un burro, con todo el peso de sus secretos y de sus crímenes, se le presentó á darle cuenta, como lo hace todos los dias, del cumplimiento de sus mandatos sanguinarios : pero Rosas no le atendió.

Tampoco atendió á su infeliz hija, la cual, compadecida y horrorizada con la cabeza, fué á rogarle llorando que la hiciera enterrar. Ella tuvo que vestirse con poncho, chicote y espuelas, y que montarse á caballo en el otro loco ; por que su salvaje y escandaloso padre, que no respeta el decoro y el pudor, le tiene ordenado que se le ha de presentar de ese modo, cuando v. ya á pedirle alguna gracia.

Y este bárbaro feroz, vicioso, y grosero, ¿ tiene todavia la audacia de decir : Yo sostengo la dignidad de la república .. ?



